

para dejar en cada una alguna ganancia relativamente importante. A menudo un pobre diablo transporta de una provincia á otra un cargamento sin más capital que su vida, que se juega en aquella empresa, y su par de asnos: tal acontece especialmente con el comercio de la sal. El algodón en rama de la provincia de Quara, próxima á Sennar, y el hierro de Godcham, constituyen verdaderas necesidades y es preciso llevarlos á cualquier precio á los lugares en donde se consumen; así se explica que vivan del comercio casi todos los habitantes de Gondar á excepción de los sacerdotes y los soldados que se mantienen con las rentas de sus iglesias y con el botín conquistado.

Las industrias de los cristianos abisinios son principalmente: la fabricación de cuchillos, de rejas de arado, de puntas de lanzas y en algunos casos de navajas, el curtimiento y la fabricación de los tan estimados escudos de piel de búfalo, la forja de la plata y confección de cadenas, sortijas, adornos para armas, etc., que algunas veces dan lugar á desvergonzadas falsificaciones mezclando á la plata estaño y zinc, la elaboración de objetos de oro, metal que en muy poca cantidad, aunque sumamente puro, se importa del Sudoeste, y la copia, pintura y encuadernación de libros. Son notables por su delicada labor y por la rica inventiva que demuestran los trabajos de filigrana, tales como rosetas, flores, agujas, etc. Rohlfs dice: «Todas las filigranas abisinias tienen el mismo carácter, pero no hay entre ellas dos iguales.» Y alaba muy especialmente los trabajos de latón de los abisinios, al paso que confiesa que en punto á cubos de madera, á cacharros de arcilla y á vasos de cuerno, no está este pueblo más adelantado que muchos pueblos del interior de Africa.

La industria principal de los mahometanos es la fabricación algodenera que á pesar de estar muy extendida y de dar ocupación á muchas personas produce escasos beneficios: el procedimiento en ella seguido no puede ser más primitivo: empieza por comprarse el algodón en rama, con semillas, á cambio generalmente de una cantidad igual en peso de sal; el obrero ó, mejor dicho, la obrera separa cuidadosamente las semillas agitando el algodón con unos palitos de hierro, lo golpea con un arco elástico y lo hila por medio de un huso. Con este hilo puede una mujer laboriosa tejer en un año la cantidad que se vende en 20 thalers en especies y que, deducidos los gastos de producción, queda reducida á 10 thalers, suma tan insignificante que si no fuera por la agricultura y la ganadería, por fortuna muy productivas en general, no bastaría para cubrir las más precisas necesidades. Así la tintorería como el tejido en colores están á tan bajo nivel que las franjas de las capas han de confeccionarse con telas de algodón importadas de la India, constituyendo desde hace mucho tiempo esta importación una parte importante del comercio indio-abisinio, pues cuantas tentativas se han hecho para introducir los hilos de colores y hacerlos tejer en el país han tenido que ser abandonadas porque los obreros los sustraen fraudulentamente (Rüppell). La notable división del trabajo que caracteriza á los judíos hace que sean ellos casi los únicos que cultiven la alfarería y la albañilería.

La pintura no se limitó á embadurnar los templos sino que adornando preciosos evangelios y devocionarios caligráficos produjo obras bastante bellas. En el siglo décimosexto se pintaban, al parecer bajo la dirección de miniaturistas bizantinos, imágenes cuando menos tolerables, pero lo que hoy se hace en este género es pesado y grosero. La extravagante superstición abisinia de no poder representar de perfil más que á los judíos y á los malos espíritus, perjudicó al arte: la perspectiva era desconocida y los

tonos verdes con que se pintaba á los elefantes y los desproporcionados ojos recuerdan, como tantos otros detalles de las creaciones abisinias, los modelos indios.

Los abisinios poseen menos instrumentos músicos que algunos pueblos negros. Francisco Alvarez en su capítulo «De algunas preguntas que el arzobispo de Braga dirigió á Francisco de Braga y de las contestaciones que éste le dió,» tan importante para el conocimiento de la Abisinia de la Edad media, hace la siguiente detallada descripción: «Hay malas trompetas, muchos tambores de cobre del Cairo y de madera con cuero á ambos lados, tamboriles como los nuestros y grandes címbalos que los músicos golpean; hay flautas y algunos instrumentos de cuerda parecidos á arpas cuadrangulares que se denominan arpas de David. Los abisinios las tocan delante del sacerdote (el sacerdote Juan, es decir, el emperador) pero lo hacen bastante mal.» Los modernos cronistas describen la música religiosa como poco grata al oído. Rohlfs hace la siguiente descripción de un intermedio cómico musical con que fué obsequiado durante su último viaje de Massuah á Gondar por la música de la aldea de Kasén que se presentó en aquella capital para darle la bienvenida: «La orquesta — dice — no era numerosa, pues sólo se componía de dos individuos que tocaban el mismo instrumento, una especie de oboe: el padre soplabá en una caña de 1'5 metros de largo cubierta de cuero y el hijo en otra más pequeña pero hecha del mismo modo. Estos colosales cuernos no producían más que dos sonidos.»

El modo cómo cada localidad ejerce el comercio describelo Rohlfs gráficamente en la relación de su segundo viaje á Abisinia: «El mercado de Adua — dice — celébrase en el Nordeste en un lugar poco llano y nada á propósito: todos los artículos están en él divididos por clases y distribuidos en pequeñas calles. En una hay el ganado: caballos, bueyes, ovejas, cabras y también gallinas y caza muerta; en otra aparecen dos hileras de hombres, muchachas y mujeres teniendo delante sacos de granos, trigo, cebada, judías y guisantes. Grandes montones de pimienta encarnada tierna y seca prueban el gran consumo que se hace de esta especia. Hileras de tarros de miel y de manteca, cacharros de vino de miel y de cerveza, sobre grandes paños pequeños espejos, perlas de Venecia y de Bohemia, frascos con malísimas esencias, barrilla, vasos, objetos de asperón, cuchillos y tijeras de pésima calidad, papel de escribir, hilo retorcido negro, blanco y encarnado, cotonadas de dos clases (una blanca bastante buena, otra mala casi gris y muy enyesada), pañuelos de bolsillo, sedas muy malas, paños de ínfima clase de color rojo, amarillo y azul claro, espejos, algunas cajas de mal coñac y de envenenado ajeno: he aquí los géneros europeos que allí se expenden. Hay finalmente, como preciosas túnicas para señoras, bordadas en sedas de colores, *chamas* de varias calidades y dimensiones y algunos *margefs* admirablemente bellos y de precios muy elevados aun para nosotros; pero si se tiene en cuenta la perfección con que están hechos estos tejidos de algodón que parecen una mezcla de lana y de seda y en cuyos dos extremos hay una franja de 4 centímetros de ancho bordada en hermosísimos colores, no se encontrará seguramente exagerado el precio de 150 á 200 marcos que por uno de estos pañuelos se pide. No faltan tampoco armas, tales como lanzas, sables, antiguos fusiles, pistolas, escudos de piel de búfalo y de rinoceronte, etc.: en cambio no se ve en toda Abisinia un arco ni una flecha. Vense asimismo en estos mercados objetos pertenecientes á la historia natural, tales como pieles de león y de pantera, de otros carnívoros, de serpientes, etc. En otra calle ostentan

se pieles de buey, de oveja y de cabra crudas, secadas y también curtidas en color rojo. Es, pues, un mercado abundantemente provisto. ¡Cuánto bullicio reina en él! Como que la mitad por lo menos de las personas en él reunidas pertenecen al sexo bello....» En estos mercados hay, como en todos los sudaneses, el magistrado especial encargado de su inspección: «Sentado en una alta plataforma, ante él se sostienen acaloradas y ruidosas discusiones que demuestran que las compras y las ventas son á menudo causa de disputas. La verdadera compra, en el sentido que nosotros damos á esta palabra, sólo podría tener lugar cuando se tratara de objetos que tuviesen un valor equivalente por lo menos á un thaler, pues cuando el objeto es de escasa valía lo que se hace es una permuta; así á cambio de cebada se da pimienta, á cambio de una cabrita un poco de tela de algodón, etc.» Únicamente en algunos puntos, en especial en las provincias del Amhara, existen como medios de cambio los pedazos de sal (*amoles*) procedentes de la depresión del Arro, que con razón denomina Schimper «el tesoro público» de Abisinia. En todo este país son admitidos como moneda corriente los thalers de María Teresa del año 1780, pero han de llevar una marca especial; y como un thaler equivale á 48 *amoles*, de aquí que éstos puedan ser considerados como moneda divisionaria.

El carácter de los abisinios no ha merecido favorable concepto de ningún observador profundo; algún crítico superficial habrá ensalzado sus formas afables y desenvueltas, pero en conjunto cabe afirmar que este pueblo ha debido vivir sometido á perniciosas influencias, pues su carácter es de los peores que se conocen. Ya Ludolf cita el testimonio de Téllez que hablando del carácter abisinio dice: *Mobiles ingenio et punica fidei, inconstantes atque perjuros, nec non crudeliter et vindicta cupidissimos esse ait*, y Rüppell califica á los abisinios de indolentes, ligeros, borrachos, supersticiosos, ingratos, desvergonzados para exigir regalos, hábiles para engañar hasta el punto de «considerar como costumbre proverbial la de mentir,» egoístas necios, disolutos, desleales y ladrones. Todos estos vicios sólo dejan espacio para las virtudes de la debilidad, como el espíritu de sociabilidad, la rápida sumisión ante el fuerte, la confianza y la facilidad de contraer amistades. «En sus conversaciones llámanse con frecuencia hermanos y hermanas, y unos á otros se prestan con gran solicitud pequeños servicios recíprocos,» dice Rüppell. En locuacidad aventajan á sus vecinos, lo cual armoniza perfectamente con su fácil adaptación y á su rápida concepción en la esfera intelectual. Nadie ha negado la inteligencia de los abisinios y únicamente se ha deplorado que «las formas del imperativo categórico tan comunes en Oriente» (Heuglin) no hayan sido aplicadas con más insistencia al desarrollo y educación de sus cualidades. Como esas faltas son hijas de la anarquía, cabe emitir algunas veces un juicio menos duro: todos los viajeros que han estudiado la Abisinia han referido algunos rasgos que acusan elevados sentimientos. El amigo de Rüppell, el magistrado Lik Altum de Gondar, á su nobleza de carácter unía un talento nada común. El más moderno de esos viajeros, Rohlfs, ha procurado más que ningún otro suavizar el concepto en que se tenía á los abisinios, mostrándose sumamente satisfecho cuando ensalza la honradez de sus criados abisinios y la conducta irreprochable por ellos observada. En oposición á esto dice Rüppell que hasta los magnates de Gondar le robaban los objetos de su mesa. A nuestro modo de ver la fórmula más verdadera es la siguiente: un fondo oriental con una mezcla de la viveza del negro ó del mulato y de inconstancia.

Los abisinios no conocen la ciencia y su mismo arte ne-

cesita de la protección eclesiástica: en este terreno la influencia de los europeos ha obtenido menos éxito que en los demás, de modo que en la actualidad la Abisinia está como en los siglos tercero ó cuarto después de Jesucristo. Del mismo modo que su iglesia ha permanecido estacionada, su ciencia se reduce á un conjunto de conocimientos imperfectos. Creen los abisinios, por ejemplo, que hay tres mundos, á saber: Etiopía, Europa y Turquía y además que Europa es casi tan grande como Etiopía, pero no posee ningún Negus Negesti, habiéndolo sido en la Edad media el emperador romano. Consideran á Rusia como el país más poderoso y atribuyen al emperador ruso casi tanto po-



Casco de un guerrero bodinga (Museo para Etnografía, Berlín).
1/8 de su verdadero tamaño.

der como al rey de Tigré y hasta hace muy poco tiempo no han tenido noción geográfica de Alemania, que suman con Inglaterra. A esa deficiencia de ideas y conocimientos contribuye también la circunstancia de que los abisinios apenas salen de su patria.

La cronología de los abisinios es anticuada: encadenada á la cronología antiguo-cristiana oriental ha permanecido ajena á todos los adelantos. Dividen los abisinios el año en doce meses de treinta días y añaden á cada año un mes corto que en los años normales cuenta cinco días y seis en los bisiestos, ó sea uno cada cuatro años; empiezan el año en septiembre como los judíos y á cada año de un ciclo bisiesto le dan el nombre de uno de los cuatro Evangelistas; así por ejemplo, dicen año de Juan, de Mateo, etc. Los nombres de los meses (*Maskarem, Tekemt, Hedar, Tajsas, Ter, Jacatit, Magabit, Mijazia, Ginbot, Sene, Hamle, Nahasse, Paguemen*) tienen distintos orígenes: Maskarem es el mes de la fiesta de la Cruz (*Masgal* en el dialecto geez significa cruz), Hedar y Tajsas corresponden á los meses

koptos Hatur y Chiahac, Paguemen al griego Epagomeni, etc.

Las relaciones religiosas de este país merecen especial atención. La notable cualidad que encontramos en Abisinia como fortaleza cristiana en medio del islamismo y del fetichismo africanos, hace que este territorio tenga para nosotros grandes atractivos. Por mala que sea la impresión que produzca en nuestro ánimo todo cuanto hay en Abisinia digno de censura, es innegable que el cristianismo de este país nos acerca más á él, desde el punto de vista espiritual, y lo coloca muy por encima de los demás países de Africa. Y este cristianismo, por más que ha retrocedido ó se ha por lo menos estacionado, no se limita á meras palabras y formas, sino que gracias á él Abisinia se ha visto libre del fetichismo, de la hechicería, de los sacrificios humanos y de otros males análogos. «Aun cuando los pueblos siguen luchando, las víctimas se reducen á los soldados y á los bienes, siendo respetadas las mujeres y los niños. Ningún abisinio libre puede ser reducido á esclavitud por sus compatriotas; la servidumbre personal afecta únicamente á los negros importados del interior que constituyen la porción más pequeña de la población. El comercio de esclavos está prohibido á los cristianos bajo pena de muerte; la mujer es inviolable y disfruta de importantes derechos. Y si nosotros, los europeos, nos vemos objeto de amistosa acogida, mientras no violemos el derecho de hospitalidad, es sin duda á causa de la igualdad de creencias y sentimientos religiosos» (Munzinger). Enfrente de esto hay indudablemente las cualidades internas y externas de este cristianismo que derivan del origen oriental y del aislamiento en que esa religión vive respecto de todo movimiento del resto de la cristiandad.

Abisinia ha conservado durante 1.500 años, pero no desarrollado, su cristianismo dando igual importancia al dogma que á la disciplina y dejando perder la aptitud necesaria para que la vida espiritual influyera poderosamente en la vida material. El cristianismo, hecho aislado en medio de la existencia de esa abigarrada mezcla de pueblos, no tiene por base una elevada cultura general, no cuenta ni como estímulos á las artes y á las ciencias y constituye un gran ejemplo de lo que es la fe separada de las demás potencias espirituales. De aquí el espíritu formulista, la importancia que se da á lo externo, la monomanía y consecuente distinción entre lo puro y lo impuro, la circuncisión, la afición al sentido literal que ya Paulo flageló como emanación del modo de pensar oriental y limitado, farisaico y judío. De aquí también la frecuente aparición en la iglesia de reminiscencias del estado de cosas de la Europa medioeval, porque el estado general de la cultura abisinia está más cerca de nuestra Edad media que de nuestra edad actual. La falta de ciencia teológica y de otros conocimientos, el exceso de monjes desordenados é inmorales, la poca firmeza de las relaciones matrimoniales que llega hasta la admisión de la poligamia, la impúdica simonía, la venta de los sacramentos, la sobra de días festivos, los innumerables aunque superficiales ayunos y penitencias, el supersticioso culto de la cruz y de las imágenes y el abuso de la adoración de los santos son, otros tantos elementos opresores, á los cuales vienen á agregarse las prácticas supersticiosas como las profecías, la explicación de los sueños, la hechicería y el ejercicio de las malas artes, prácticas que aquella Iglesia no ha abolido y que en la mayoría de los casos cree y aun ejerce. En demostración de que la Biblia es letra muerta ahogada por una porción de pensamientos vacíos, cita Krapf una explicación ó mejor dicho alegoría de la Escritura que es cosa corriente entre los abisinios, á saber:

la explicación del pasaje de San Mateo (8, 28) que dice: «Las zorras tienen cavernas y los pájaros debajo del cielo tienen nidos.» Los abisinios dicen que los zorros son los laicos, especialmente las autoridades mundanas que tienen bienes y propiedades; los sacerdotes son los pájaros que con sus oraciones vuelan al cielo y que también tienen bienes y riquezas, pero el hijo del hombre no tiene nada en donde apoyar su cabeza, es decir, los monjes no poseen nada en la tierra porque son los ángeles de Dios en el mundo. Si á esto añadimos que los bienes de la Iglesia están en manos de los príncipes, que el sacerdocio se perpetúa dentro de una familia de padres á hijos, que los conventos son centros de vagancia en donde imperan el fanatismo y la inmoralidad y que la Iglesia abisinia considera que sus siervos y sus confesores necesitan muy escasa ilustración, podremos formarnos una idea de cuán pobre ha de ser la Abisinia desde el punto de vista de su cultura á pesar de todo su cristianismo. Otra cosa no debe ser echada en olvido y es el insensato orgullo genuinamente semítico, refractario á toda instrucción y fomentado por el cristianismo con gran perjuicio para esta religión.

La historia de los movimientos religiosos que han creado el estado de cosas allí existente es la siguiente: en el año 330 llegó á Abisinia procedente de Tiro un mercader cristiano cuyos dos hijos, Frumencio y Adesio, fueron, á su muerte, llevados como prisioneros ante el rey: su piedad cristiana y sus vastos conocimientos captaron el favor del soberano, y muerto éste su viuda dispénsales igual afecto. Por ella protegidos propagaron tan rápidamente el cristianismo que Frumencio pudo ser instituido primer obispo de Abisinia por el patriarca de Alejandría, surgiendo en poco tiempo innumerables templos consagrados al nuevo culto. Desde entonces, nació una unión íntima entre los cristianos abisinios y los egipcios, razón por la cual los primeros compartieron con los koptos la creencia en la unidad de la naturaleza de Cristo que como doctrina de los monofisitas tan funesto papel representó en la historia del cristianismo egipcio: en la actualidad, todavía el sumo sacerdote de la iglesia abisinia es escogido de entre los monjes koptos. Avasallado el cristianismo egipcio por el islamismo, rompióse casi por completo toda relación entre las dos iglesias africanas hermanas, quedando sumido el cristianismo abisinio en una obscuridad sin historia. Las primeras noticias seguras que acerca de él se recibieron trajéronlas los emisarios que el rey Juan II de Portugal envió á fines del siglo quince á ese lejano imperio cristiano. Pedro Cavilham fué el primero que con este objeto llegó á Abisinia, siguiéndole luego durante el siglo décimosexto frecuentes embajadas portuguesas á las cuales correspondieron los abisinios con otras que arribaron á Lisboa. Los soberanos abisinios procuraron entonces conquistarse el apoyo de Portugal y de Roma en su lucha contra los galas mahometanos. Durante algún tiempo, un tal Bermúdez alcanzó la influyente posición de patriarca (*abuna*) de la iglesia abisinia hasta que fué destituido de tan elevada dignidad por haber intentado convertir á los abisinios al cristianismo romano. Igualmente infructuosas fueron las tentativas de conversión que más tarde hicieron los jesuitas, quienes con su excesivo celo y su afán de intervenir en los asuntos del país, comprometieron la influencia europea arrastrando en la caída de su causa religiosa la causa de la civilización de Occidente. Después de algunas alternativas, durante las cuales, en las primeras décadas del siglo décimoséptimo, consiguieron nuevamente convertir á la corte y á sus partidarios al catolicismo y hacer de éste aparentemente la religión del Estado, el rey Susneus completamente entregado

á ellos vióse obligado en 1632, después de encarnizadas luchas, á restablecer las antiguas creencias. Las tentativas posteriores, así las de los católicos como las de los protestantes, fueron de poca importancia: la misión cristiana sólo una vez reapareció en la historia abisinia y aun de un modo puramente pasivo, á saber: cuando el apresamiento de los misioneros por Teodoro, hecho que fué causa de la campaña de 1868.

La iglesia abisinia se parece por sus doctrinas más que á ninguna otra á la siria ortodoxa: siempre ha sabido arraigar en la conciencia del pueblo el cual se figura que debe su independencia más al cristianismo que á la naturaleza protectora y defensiva del país. La iglesia abisinia cuenta con millares de sacerdotes (12.000 según Heuglin) en sus numerosos templos, posee una gran parte de las mejores tierras, exige importantes corveas de los campesinos y se impone al pueblo con su pompa externa y con sus misterios.

El culto abisinio tiene cierto lujo algunas veces un tanto raro: en las procesiones los principales sacerdotes van debajo de un paraguas de terciopelo; los sacerdotes según las fiestas que se celebren, agitan los incensarios y campanas ó sostienen con una mano un palo en forma de muleta con cruces griegas y con la otra carracas egipcias llamadas *sanasel* (1), y mientras unos entonan sus cantos que parecen alaridos, otros golpean grandes tambores, que en los templos ricos son de láminas de plata. Hablando de ellos dice en 1609 Jacobo Wormbser en su Peregrinación al Santo Sepulcro: «Tienen dos tambores y dos palos con anillos de hierro; golpean sobre los primeros y con los segundos hacen ruido durante toda la noche cantando y bailando.» Los altos sacerdotes llevan casullas de brocado que datan de mejores tiempos, y de su cuello pende uno de aquellos libros sagrados que algunos viajeros occidentales han considerado como el tesoro más grande y quizás de no sospechada riqueza de la iglesia abisinia y que observados de cerca y detenidamente no contenían nada que se refiriera á los primeros tiempos del cristianismo, como las crónicas de los soberanos abisinios no contenían ningún dato histórico de importancia. Por el contrario estas crónicas resultaron incompletas y descuidadas y aquellos libros apenas encerraban más que traducciones, á menudo equivocadas, de escrituras alejandrino-griegas y teológico-ascéticas. Los incendios y los robos han destruido y hecho desaparecer muchos de estos objetos que desde el punto de vista caligráfico y por las dimensiones de los pergaminos, la riqueza de la encuadernación etc., tenían verdadero valor: otros se han podrido en las bodegas. Los libros preciosos se guardan colgados en cordones para evitar que los ratones se los coman. La fabricación de los pergaminos y el arte de la escritura han debido sufrir un gran retroceso, pues en la actualidad se encuentran pocos libros nuevos que iguallen á los antiguos. Los adornos que con hierro candente se imprimen en las encuadernaciones de cuero son á menudo de muy buen gusto.

Los espacios cercados alrededor de las iglesias son utilizados como cementerios, pero como en Abisinia no hay sepulcros, estos recintos producen la impresión de terrenos yermos ó desiertos. Dentro de estos cercados suelen estar construídas las chozas de los sacerdotes. Aun allí donde la falta de árboles es absoluta no carecen estos lugares de al-

(1) Los *sanasel* consisten en horquillas cerradas por arriba con palitos transversales que atraviesan varios anillos (véase el grabado de la pág. 261). Salt y otros autores tomándolo de él los consideran como llaves que los sacerdotes llevan para imitar las llaves de San Pedro.

gunos árboles viejos, aunque no sean más que sombríos cedros-enebros. Los huesos de los personajes ilustres después de haber permanecido 50 años enterrados son trasladados á la iglesia y encerrados en sarcófagos de madera pintados.

El espacio que se extiende alrededor de la iglesia es lugar sagrado: el que en él se refugia no puede ser perseguido y aun las cosas inanimadas están allí seguras, razón por la cual se encuentran en las cabañas de los sacerdotes una porción de cosas pertenecientes á otras personas. Los ladrones, empero, pegan fuego á las cabañas sagradas de los sacerdotes para apoderarse de los objetos salvados de las llamas sin violar los cementerios. El derecho de asilo de estos lugares es respetado por lo que hace á las personas aun en las guerras civiles. En Gondar, el barrio habitado por el *etchoghe*, jefe de los cristianos abisinios, goza de ese derecho del cual se aprovecharon, durante la estancia de Ruppell, un filibustero político y 50 bandidos compañeros suyos que habían sido el terror de esa provincia.

La relación de la monarquía respecto del sacerdocio ha variado según los períodos de la historia abisinia. Por regla general el estado del país ha sido favorable al desenvolvimiento de poderes firmes análogos al pontificado y al imperio. Además, como el Estado y la Iglesia en el exterior tienden á una á combatir á los infieles, impónese una acción común de los poderes civil y espiritual, siendo meros accidentes los casos en que, como sucedió en tiempo de Teodoro, la Iglesia se puso de parte de una facción hostil al soberano. Pero Teodoro, á quien el *abuna* en plena asamblea había declarado réprobo y proscrito, le puso, según dice Rohlf, una pistola al pecho diciéndole: «Amado padre, dame tu bendición» y el sacerdote se apresuró á concedérsela. «Esta sujeción del *abuna* — añade Rohlf — es una gran ventaja para el *negus* ó para su gobierno, pues en Abisinia el gobierno y el *negus* son una misma cosa»

La íntima unión de los intereses religioso, político y nacional desarrolla un fanatismo digno de tenerse en cuenta como fuerza impulsora en la vida histórica de Abisinia. Por la cruz se lucha con todo el apasionamiento y con toda la crueldad de los pueblos semi-civilizados. Las tentativas de los portugueses primero y de los jesuitas después para introducir con más ó menos violencias en Abisinia el cristianismo romano movieron á los indígenas á cometer toda clase de horrores. En la época en que el rey Susneus de Abisinia fomentó de tal suerte aquellas tentativas que la catolización de ese país parecía exteriormente hacer grandes progresos y en que se construyeron palacios para los jesuitas y se les entregaron seminarios para que en ellos se educaran los jóvenes abisinios destinados al sacerdocio (1624), estallaron las más sangrientas luchas entre los que permanecían fieles á la antigua fe y los que la habían abandonado. Los jesuitas hacen notar, sin embargo, en sus memorias que nunca anteriormente se había visto tal ardor y califican de verdadero milagro el monstruoso fanatismo de Susneus que hizo ahorcar á su yerno y á su hija por herejes. Al antagonismo religioso y nacional júntase un antagonismo social poco menos profundamente arraigado que aquél. No sólo los no cristianos están sometidos á ciertas limitaciones sino que, además, hay allí una especie de división del trabajo, puesto que por regla general los mahometanos constituyen en Abisinia una población más laboriosa y más hábil que los cristianos.

El número de habitantes de la Abisinia propiamente dicha no cristianos, ni judíos, ni mahometanos es muy reducido si sólo á las formas nos atenemos, pues se limita á los waitos que habitan junto al lago Tana y á los agaves